FUNDADO EN VALPARAISO EL 12 DE SEPTIEMBRE DE 1827

Año CII. — Núm. 33,417

EL MERCURIO

En propiedad

FUNDADO EN SANTIAGO EL 1.º DE JUNIO DE 1900

Año XXIX. — Núm. 10,223

PRECIO: 30 CENTAVOS — SANTIAGO DE CHILE, Domingo 14 de Abril de 1929 — PRECIO: 30 CENTAVOS

OCIOSO, cansado y melancólico, me sentí en el muelle y un rato estuve con la cabeza llena de monterías, sin ser lo que miraba y pensando sólo en Eva. Pero qué duro este muelle.

—Al diablo todo — me dije; al diablo esta con sus exigencias. ¡Eso no me concierne!

Y tranquilamente me puse a mirar la bahía acolpada, sucia. Una de norte y grandes lanchones pintados de alquitrán, inmóviles como animales muertos. A lo lejos algunos barcos anclados, entre ellos un precioso velero azul, reconocíbanse la mirada. Algunos conocidos que pasaban me saludaban: "Hola, Adán". Y hasta un carpador borracho se estrelló contra el montón de cordeles en que estaba yo sentado.

La tarde comenzaba a bajar sobre el puerto sus grandes alas de melancolía. Ya la sombra había caído al otro lado del mar. En la bahía todavía se mantenía un poco de luz sobre el aceite, que en un rato más estaría fosforescente. Algunos barcos encendían sus luces. Pronto debía comenzar la fiesta de la bahía iluminada, a la cual asistía yo casi todos los anocheceres, desde el cerro donde estaba mi casa. Era una fiesta real, sin exagerar. La gran herradura del puerto se alineaba, parpadeaba, luego se quedaba totalmente llena de estrellitas. El agua negra brillaba o se parecía a un suero claro, con el reflejo de todas las luces encendidas. Eso sin hablar de la ciudad, cuya animación a la caída de la tarde, también se podía mirar desde el cerro. Apoyado en la ventana de mi cuarto, veía yo todas las noches pasar las gentes por la calle, como una interminable caravana de hormigas viajeras.

De pronto una mano me tocó la espalda.

—Hola, Gaspar!

—¡Hola, qué dices!

Había respondido yo friamente con la esperanza de alejar esa presencia extraña que venía a cortar el hilo de mi meditación. Pero mi amigo estaba dispuesto a conversar, a todo trance.

—¿Qué haces?

—Ya lo ves, nada. Miro todo esto.

—Pero, qué te pasa, muchachón, me interrogó Juan con cierta cariñosa familiaridad en la voz, que me hizo volverme hacia él.

—Mira, Juan, a ti, ¿nunca te ha entristecido una culpa?

—Sí, claro, ¿de trata de fiara?

Yo respondí, enseñando un rostro rubio con dos ojos extraíamente grandes, extraíamente abiertos. Se trata de Dolly, la hija del viejo Harron.

—Ah...

—Bueno, Juan, te confieso... Ya ya no soporto más esto. Cada día se vuelve más exigente y más tonta. Ahora me ha pedido no sé qué cosas. Ella no ignora que yo no quiero dárselas, que mi dinero no me alcanza para comprar todos los cachivaches que se le ocurren. Además me da celos, me molesta. Bueno, sabes lo que acaba dicho... Que hay un hombre dispuesto a marchase con ella y que ella está dispuesta también a irse con Fredes, el de la Aduana...

—Siempre he creído yo que la tal Dolly no vale la pena, Gaspar. Si yo la hubiera conocido hace algunos años. Antes que tú llegaras al puerto sin... Bueno, no desprecieba a ninguno...

—¡Eh!...

—Sí, hombre. ¿Y qué piensas hacer esta noche?

—Pues, irme a la casa.

—¿Y, vamos a ir a una fiesta?

—¡Dónde?

—A la Calera, en casa de Sánchez. Habrá buena gente. Voy a tres muchachos del Rayo, Rivas, el negro Morgan...

—Bueno, vamos.

Nosotros subimos la escala de madera, en una gran habitación. En el fondo de la casa de Sánchez, varios hombres del puerto y algunos marineros de un buque alemán, bebían y cantaban. El humo de los cigarros y de las copas llegaba al techo, ascendiendo por las paredes, donde algunos cuadros marítimos cumplían la monotonía al papel amarillo. En un rapto había dos o tres grandes caracoles rosados, brillosos, ejemplares recogidos seguramente lejos del puerto. Ya varios compañeros iban camino de la borrachera. Nos acogieron a Juan y a mí a gritos, dio sea ahora cantidad de los borrachos.

Algunas muchachas, queridas de marineros y mujeres de los asistentes, saludaban ocasiones de la música, que surgía de las guitarras y los acordeones, frenos y rápida. Luego comenzó el canto y después el baile. Pasaron dos horas y yo también me sentí alegre, a causa de un vino bastante bueno que servían en jarras de loza.

Entonces ocurrió una cosa rara que, por lo inesperada, nos dejó asombrados. Se abrió la puerta de golpe y apareció un hombre agitado y respirando angustiosamente. Sus ropas estaban mojadas. Por su frente corría un sudor caliente y en sus ojos brillaba algo parecido al miedo. Algunos nos levantamos de asientos asombrados. Los músicos detuvieron la canción marinera que estaba alegremente de los acordeones.

—Sigan, sigan nomás!, dijo el hombre rápidamente. No hay que detenerse. Sigan nuestros!

Su voz suplicaba, pedía, pero al mismo tiempo en esa palabra había algo de imperativo. Los muchachos continuaron bailando reanudar los acordeones, en despejar los ojos del intruso.

El pescador Sánchez, dueño de la casa, se levantó con cierta gravedad y dirigíndose al hombre, le dijo: Se había quedado pasado y ya, a todos los rincones como buscando algo; le dijo:

—¿Qué es usted?

—Eso no importa, después se lo explicaré, contestó el muchacho. Me vienen siguiendo los carabineros. Escóndame Ud., o por lo menos déjeme permanecer aquí. Nadie me ha visto bien la cara. Tal vez no que reconocerán.

Sánchez se lo a negar. Nos ocultó a la vista. El no quería molestarse con los carabineros. Pero, de nuevo apareció en el cuarto la cordialidad de los borrachos.

—Vamos, Sánchez es un compañero y lo que se pasa a él, mañana le puede pasar a Ud. la día pa.

El dueño de casa pensó un momento.

—Bueno, quédese aquí.

Le trajeron un capote para que ocultara sus ropas mojadas y el hombre se sentó junto a nosotros, sin temores. Se limpió el sudor y se cubrió la frente con un mechón de cabello. Luego tomó un vaso de vino que le ofrecían y se lo bebió de un trago, conservando la copa en la mano. En ese momento, llamaron a la puerta. Eran los carabineros. Entraron dos.

—¿Quién es el dueño de casa?, preguntó uno, con voz fuerte y autoritaria.

Nuevamente la mirada se había detenido. Sánchez se levantó de su asiento.

—Yo soy, respondió.

—¿No ha visto Ud. pasar un hombre que huía?

—No, no he visto a nadie.

—Nadie ha golpeado la puerta?

—Nada.

Tu entré al fugitivo. Hacía como que bebía de su copa, dejando caer su cabeza hacia adelante, como un verdadero borracho y pronunciaba también, algunas palabras incoherentes. En realidad desempeñaba bien su papel, el muchacho y parecía salvaje. Pero, sus perseguidores desconfiaban. Miraron a los bebedores, uno por uno. Yo tendí cuando sus ojos certeros y fríos se detuvieron sobre nosotros protegido. Me pareció que lo miraban largamente, mucho más largamente que a los demás. Pero, seguramente no era así, pues se dirigieron hacia la puerta.

—¿No quieren escribir nada?, preguntó Sánchez.

Salieron sin contestar y cerraron de un golpe la puerta. El peligro estaba conjurado.

Todos miramos a nuestro hombre. Estaba más tranquilo. Pidió una copa de vino y se la bebió de un trago. Era un muchacho joven, de veintiocho o treinta años y de rostro simpático. Se fijó en que se le contemplaba, como pidiéndole explicación. Escoces, sólo lentamente.

—Entonces esta noche con Jimmy.

¡Diablo! Si había estado con Jimmy, ya sabía Dolly de los carabineros. Jimmy, el más conocido de los contrabandistas del puerto, estaba ya bien filiado. La policía, que no había podido probarle nada, en la pesca de ciertas, hacíaseles muy difícil su tarea. Seguramente aquella noche... Pero, ya iremos a saber lo ocurrido.

—Era la primera vez que me metía con él, dijo el hombre. Me ofrecieron buena paga en el negocio mentiroso. Ha sido los Jimmy, me pareció. Mi copa descansó en la mesa.

—Bueno, ay pues era amigo de Jimmy y fue esta quien me metió en el negocio. Yo, el principio me negué. No quería cosas sinoquinas... Pero finalmente, me dieron razones y, por último, me prometió que, aunque la expedición fracasara seguiría quedándome igual. Sí, ha sido el amigo.

—Y aquí es ella, compañero?, preguntó con cierta inquietud.

—Qué le diré que enseñar mismo compo, ai. Y para siempre, ordenado. Es Dolly, la hija del viejo Harron

Hubo un silencio más o menos prolongado.

—Toma, compañero, — le dije después, pasándole una jarra de vino. — Toma, tómela usted. Es mejor.

LUIS ENRIQUE DELANO.